

EMILY BARR

*El único recuerdo  
de Flora Banks*



Traducción del inglés de  
Patricia Antón de Vez

Título original: *The One Memory of Flora Banks*

Ilustración de la cubierta: Penguin Random House UK

Copyright © Emily Barr, 2017

Publicado por primera vez en lengua inglesa por Penguin Books Ltd, Londres

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16555-05-5

Depósito legal: B-17.298-2017

1ª edición, septiembre de 2017

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1  
Capellades, Barcelona

*Para Craig*



## Prólogo

### Mayo

Estoy en lo alto de una montaña, y aunque sé que he hecho algo terrible, no tengo la menor idea de qué es.

Lo sabía hace un minuto o una hora, pero se me ha ido de la cabeza y no he tenido tiempo de ponerlo por escrito, así que se ha perdido. Sé que debo permanecer alejada, pero no sé de qué me escondo.

Estoy de pie en la cumbre de una montaña, en un lugar helado y de increíble belleza. Muy abajo, a un lado, hay una extensión de agua con dos barcas de remo fuera, en la orilla. Al otro lado no hay nada; las montañas se extienden hasta donde alcanza la vista. El cielo es de un azul muy intenso y el sol, deslumbrante. En el suelo hay una ligera capa de nieve, pero yo tengo calor porque llevo un gran abrigo de pieles. Es un paraje radiante, nevado. No puede ser real. Estoy en algún sitio dentro de mi propia cabeza, ocultándome.

Cuando vuelvo a mirar, distingo una cabaña allá abajo, cerca de las barcas: me he alejado de ella, ladera arriba, huyendo de lo que sea que haya dentro. No debería estar sola aquí fuera porque sé que hay algo peligroso.

Pero prefiero correr riesgos en este hábitat desconocido que enfrentarme a lo que hay en la cabaña.

Como aquí no hay árboles, debo superar la cumbre para poder esconderme. En cuanto la haya dejado atrás, me encontraré en un paisaje agreste. Sólo estaremos yo, las

montañas, las rocas y la nieve. Me quedo de pie en la cima y me saco dos piedras lisas del bolsillo del abrigo. No sé por qué lo hago, pero sí sé que es primordial. Son negras y me caben las dos juntas en la palma de la mano. Arrojo las piedras, una a una, con todas mis fuerzas y lo más lejos que puedo. Desaparecen entre las rocas cubiertas de nieve, y eso me deja satisfecha.

No tardaré en desaparecer. Encontraré un sitio donde esconderme y no me moveré de allí hasta que recuerde qué he hecho. No me importa cuánto tiempo me cueste. Es probable que me quede aquí, en este lugar helado, durante el resto de mi vida.

## **PRIMERA PARTE**





# 1

La música está muy alta, la habitación demasiado abarrotada, y da la sensación de que en esta casa hay más gente de la que cualquier ser humano pueda llegar a conocer. La vibración de los sonidos graves me recorre todo el cuerpo. Llevo un rato de pie en un rincón, así que inspiro profundamente y empiezo a abrirme paso entre extraños.

Me miro la mano. FIESTA, me revela con letras negras y gruesas.

—Ya me he dado cuenta —espeto, aunque no sé qué hago aquí.

El ambiente está cargado de una mezcla de sudor, alcohol y perfume que me resulta nauseabunda. Necesito salir de aquí. Quiero oler el aire fresco. Quiero apoyarme en una barandilla y contemplar el mar. En el exterior de esta casa está el mar.

—Hola, Flora —me dice alguien.

No lo reconozco. Es un chico alto, flacucho y sin pelo.

—Hola —respondo con toda la dignidad que consigo reunir.

El chico lleva unos vaqueros. Aquí todos los chicos, y la mayoría de las chicas, llevan vaqueros. Yo, en cambio, llevo un vestido blanco y brillante con mucho vuelo en la falda y unos zapatos amarillos que ni siquiera son bonitos, y que, encima, no son de mi número.

Supongo que me he vestido de acuerdo con lo que creía que era una fiesta... Y es evidente que soy la única persona que se ha hecho una idea equivocada.

Me miro la mano. *Tengo 17 años*, leo. Bajo la vista para mirarme otra vez. Tengo pinta de adolescente, pero no me siento como si lo fuera.

Cuando era pequeña, me encantaba arreglarme para las fiestas. Me ponía un vestido bonito, como el que llevo esta noche, y la gente me abrazaba y me decía que parecía una princesa. Pero ya soy demasiado mayor para esas cosas. Si tuviera un bolígrafo en la mano, me lo escribiría en el brazo para resaltarlo: «Soy mayor de lo que creo.» Ya no debería llevar vestidos de fiesta. Debería llevar vaqueros.

—¿Una copa?

El chico me señala una mesa con vasos de plástico y botellas. Me miro la muñeca. *No bebas alcohol*, leo. Todos los demás están tomando lo que sea que haya en las botellas. Es posible que sea alcohol.

—Sí, por favor —contesto, para ver qué pasa.

Mi mano me informa asimismo de que *Drake se va*. *El novio de P*. Esta fiesta se celebra porque alguien se marcha. La P es de Paige. El novio de Paige. Pobrecita.

—De esa roja, por favor.

Me lamo el dedo y froto *No bebas alcohol* hasta que las palabras resultan ilegibles.

El chico alto me tiende un vaso de plástico lleno de vino hasta el borde. Hago una mueca tras el primer sorbo, pero sostener un vaso con una bebida alcohólica me hace sentir que aquí soy una más, y emprendo la búsqueda de Paige.

Tengo diecisiete años. Esto es una fiesta. Drake se marcha. Drake es el novio de Paige.

Una mujer me pone una mano en el brazo para detenerme. Me vuelvo hacia ella. Tiene el pelo de un rubio blanquecino con un corte escalado, y sé que es mayor que todos los demás invitados porque tiene arrugas en la cara. Es la madre de Paige. No sé por qué, pero no le caigo bien.

—¡Flora! —grita para hacerse oír por encima de la música. Me sonrío con los labios, pero no con los ojos. Yo la imito—. Flora. Has venido, y estás bien.

—¡Sí! —exclamo, asintiendo enérgicamente.

—Bueno, pues informaré a tu madre de ello. Ya me ha enviado tres mensajes al móvil para preguntar qué tal andabas.

—Vale —contesto.

—Dave y yo vamos a salir. ¿Seguro que estarás bien? Sé que siempre te hace falta un canguro.

Eso ha sido un pelín cruel.

—Sí, claro.

Me mira durante un ratito, y luego se da la vuelta y se aleja. Esa mujer es la madre de Paige, y ésta es su casa.

La música se detiene y suelto un suspiro de alivio. Sonaba muy alta y estridente. Sin embargo, otra canción comienza a retumbar enseguida y la gente que me rodea se pone a dar brincos y a bailar de un modo que me resultaría imposible imitar. Está claro que este nuevo tema saltarán les encanta.

—¡Vuelve a poner a los Pixies! —grita alguien casi en mi oreja.

Doy un respingo y me derramo el vino tinto en la pechera del vestido. Parece sangre.

Una chica da un paso atrás y me pisa. Tiene el cabello muy corto y lleva unos pendientes enormes y un pintalabios de tono vivo que se le ha emborronado y hace que su boca parezca una herida.

—Ay, perdón —se disculpa, y vuelve a su conversación.

Necesito irme. Tengo que salir de aquí. Las fiestas no son como yo pensaba, con vestidos, juegos y una tarta. No encuentro a Paige: no tengo a nadie con quien hablar.

Voy de camino a la puerta, hacia el olor del mar y cualquier otro sonido que no sea esta música, hacia mi casa, cuando se oye un tintineo y en la habitación todo son «¡Chis!» pidiendo silencio. Las conversaciones se interrumpen y me

paro en seco para mirar en la misma dirección que todos los demás.

Está de pie sobre una silla. Es Drake. Drake es el novio de Paige, y Paige es mi mejor amiga. Con ella piso terreno seguro: la conocí al empezar el colegio, con cuatro años. Paige llevaba trenzas, igual que yo, y ambas estábamos nerviosas. Recuerdo que saltábamos a la comba en el patio. Recuerdo que aprendimos a leer codo con codo: yo ya sabía y la ayudaba. Cuando crecimos un poco, yo le echaba una mano con los deberes y ella escribía obritas de teatro para que las representáramos y buscaba árboles a los que pudiéramos trepar. Me acuerdo de cuando empezamos el último curso de primaria juntas, emocionadas ante la perspectiva de ir al instituto.

Conozco a Paige, y cuando la miro, me sorprende comprobar que es una adulta. Eso significa que Drake es su novio de verdad.

Me fijo en el pelo oscuro y en las gafas con montura negra del chico. Lleva vaqueros, como todos los demás. No lo reconozco.

Echa un vistazo a la multitud: cuando su mirada se encuentra con la mía, sonrío durante unos instantes y luego la desvía. Eso significa que nos conocemos, aunque yo no lo reconozca. De pie, junto a su silla, hay una chica rubia que alza la vista hacia él. Está demasiado cerca. Creo que la he visto antes. No debería mirarlo de esa forma si es el novio de Paige.

—Eh, chicos, muchas gracias a todos por... bueno, ya sabéis, por haber venido —dice Drake, dirigiéndose a la habitación llena de gente—. No me esperaba una fiesta, la verdad. ¡Si apenas llevo cinco minutos en esta ciudad! O cinco meses, para ser más exactos. Ha sido increíble estar aquí, con mis tíos Kate y Jon, y desde luego no me imaginaba que fuera a hacer un montón de amigos en este tiempo. Pensaba que Cornualles sería una especie de puesto de avanzada de Londres y que montaría en autobuses de dos pisos y, bueno, que comería la clásica bazofia británica y me

convertiría en un *hooligan* del fútbol. Pero resulta que me lo he pasado en grande. Manteneos en contacto conmigo. Si alguno de vosotros quiere venir a las Svalbard a visitarme y a ver el paisaje más asombroso de este planeta, que lo haga, por favor. Llevo mucho tiempo soñando con vivir allí, y soy muy afortunado por tener la oportunidad de hacerlo. Aunque eso no quiere decir que Cornualles no haya sido alucinante, porque sí lo ha sido.

Alguien que está detrás de mí dice en voz baja:

—Debería dar un poco más la lata con lo del Ártico —y algunos se ríen.

Tengo un teléfono móvil en la mano. Lo uso para hacerle una foto a Drake, para recordarme por qué estoy aquí. No sé qué son las Svalbard. Es una palabra extraña. Pero está claro que a él le gustan.

Apuro el vino, que sigue teniendo un sabor horrible, y miro a mi alrededor en busca de más. Estoy mareada.

—Y por supuesto —continúa Drake—, durante mi estancia aquí he tenido la suerte de conocer a la preciosa Paige.

Se queda callado, sonrío y se ruboriza un poco. La persona que tengo detrás murmura:

—A ti te da mil vueltas, eso desde luego.

Y oigo bufidos de aprobación.

—Gracias a ella —prosigue Drake— he conocido a un montón de personas encantadoras como vosotros. Voy a echaros de menos. En cualquier caso, gracias a todos. Colgaré fotos de la nieve en Facebook para que podáis verlas. Bueno, me parece que eso es todo. Ah, y gracias a Paige, a Yvonne y a Dave por habernos dejado invadir su casa, cuando yo tenía planeado que fuéramos al pub. Y ahora seguid bebiendo y procurad no destrozarnos este sitio.

Sigue una breve ronda de aplausos mientras se baja de la silla con torpeza, pero el sonido queda un tanto amortiguado, puesto que todos tienen un vaso en la mano y se ven obligados a dar palmas de una forma un poco rara y desmañada.

Trato de encontrarle sentido a lo que Drake acaba de decir. Se marcha. Se va a algún sitio con mucha nieve y está emocionado por ello. Ha pasado cinco meses aquí, en Penzance, en casa de sus tíos Kate y Jon. Paige ha organizado esta fiesta en su honor.

Paige está en un rincón, rodeada por un grupo de gente. Alza la vista y, con un simple gesto de las cejas, me pregunta si estoy bien. Le indico que sí con una ligera inclinación de la cabeza.

Paige es guapísima: tiene el pelo negro y largo, espeso y un poco rizado, y una piel muy blanca. Se le forman hoyuelos en las mejillas cuando sonrío. Parece una muñeca de porcelana. Hoy lleva un vestido azul eléctrico, corto y ceñido al cuerpo, con medias gruesas y unas botas de estilo militar. Doy un tirón a mi absurdo «vestido de fiesta» blanco y trato de no mirar mis horribles zapatos. Me siento completamente fuera de lugar.

Me pregunto qué pinta tendré en un espejo. No veo ninguno por aquí.

En la cara interior del brazo llevo una notita: *Al cine mañana con Paige, para animarla.*

Vuelvo a llenarme el vaso de vino tinto y salgo por la puerta lateral intentando pasar desapercibida. ¡Como si alguien fuera a darse cuenta o a preocuparse de que me vaya! El aire frío me golpea el rostro y el mar me llena los oídos y los pulmones. Cierro los ojos durante unos segundos. Gracias a Dios que he salido de esa fiesta.

Estoy plantada en medio de la carretera y es de noche. Miro a mi alrededor tratando de situarme. Hay una línea blanca bajo mis pies. Es el centro exacto de la carretera. Un coche viene hacia mí, deprisa, y toca el claxon. Miro fijamente los faros que se acercan, pero el vehículo hace una maniobra brusca y continúa; aún se oye el claxon cuando desaparece en la distancia.

No debería estar sola aquí fuera. No debería plantarme en mitad de una carretera. Hace poco que han empezado a dejarme cruzar las calles sin un adulto. ¿Qué hago fuera de noche? ¿Por qué estoy sola? ¿Dónde está mi madre?

Llevo un vestido blanco y unos zapatos amarillos muy raros. El vestido tiene una mancha roja en la pechera, pero cuando la toco con la mano no me duele. Mis dedos sujetan un vaso de plástico lleno de zumo de grosella. He derramado un poco sobre la línea blanca.

Tengo diez años. No sé qué hago en el cuerpo de una adulta. Me parece odioso y quiero irme a casa. Cruzo corriendo el resto de la carretera y descubro que estoy en el paseo que hay junto al mar. Desde algún sitio me llega una música. Me apoyo en la barandilla y trato de no dejarme llevar por el pánico.

Tomo un sorbo del vaso y hago una mueca. Esto no es zumo de grosella, pero el sabor horrible que percibo en la boca me resulta familiar, así que ya debo de haberlo bebido antes.

Me miro la mano. FLORA, leo, y ésa soy yo. Los signos de mi mano indican mi nombre. Me aferro a eso. Soy Flora. Debajo de esa palabra, pone: *sé valiente*. Cierro los ojos, respiro hondo y recobro la calma. No sé qué hago aquí, pero voy a estar bien.

Tengo 17 años, leo.

En mi otra mano pone FIESTA y Drake se marcha. El novio de P. Hay algo más, un borrón que me es imposible leer. En el brazo, veo escrito: *Al cine mañana con Paige, para animarla*. Y en la muñeca: *Mamá y papá: Morrab Gardens, 3*.

Sé quién es Paige. Es mi mejor amiga. La conocí al empezar el colegio, cuando teníamos cuatro años. Drake es su novio, pero se marcha, y ella necesita que la animen.

Sé que tengo unos padres y también dónde vivo. En el número 3 de Morrab Gardens. Necesito volver a casa,

y eso voy a hacer. Noto algo raro en la cabeza. Estoy mareada.

Contemplo el reflejo fragmentado de la luna en el mar. Hay un letrero sujeto a la barandilla: «GATO BLANCO Y NEGRO SIN OREJAS. DESAPARECIDO DESDE EL MARTES.» Se incluye un número de teléfono, por si lo has visto. Tomo una fotografía del cartel, luego otra, y otra más. No me gusta la idea de que un gato blanco y negro sin orejas ande perdido por ahí. No oír los coches. Tengo que ir en su busca.

Le doy la vuelta al móvil y hago una foto de mi propia cara. Cuando la miro, compruebo que tengo un aspecto distinto. Soy mayor de lo que toca. No tengo diez años.

Ha habido una fiesta. Drake se marcha. Paige está triste. Tengo diecisiete años. Debo ser valiente.

El agua es negra; es una inmensa extensión de tinieblas que se prolonga en la noche. El reflejo de la luna centellea en la oscuridad. El reluciente paseo marítimo está donde termina la tierra.

Dudo si bajar a la playa y echar a perder estos extraños zapatos amarillos, que no sé si me gustan o no, al caminar entre las rocas cenagosas y hundir los pies en la arena mojada.

Podría sentarme ahí, tomarme el vaso de bebida roja que tengo en la mano y contemplar el mar un ratito más. Bajo con cuidado por unos peldaños tan desgastados que se han ahuecado en el centro y comienzo a andar hacia las rocas. Al final no se me hunden los zapatos. La arena pedregosa es más firme de lo que parece. Encuentro un sitio donde sentarme y observo el agua.

Pese a los ruidosos lametones de las olas sobre las rocas, oigo unas pisadas que se acercan a mi espalda. No me doy la vuelta, y entonces alguien se sienta a mi lado.



—Flora —dice con una sonrisa de oreja a oreja el chico que aparece junto a mí en las rocas. Nuestros hombros se tocan—. Eso es vino, ¿no?

Me quita el vaso de la mano y da un sorbo. Lo miro. Lleva gafas y unos vaqueros y tiene el pelo oscuro.

Me aparto un poquito.

—Soy yo —añade—, Drake. Flora, ¿estás bien?

—¿Tú eres Drake?

—Sí. Ah, ya veo qué ha pasado. Todo va bien, Flora, te conozco desde hace meses. Era el novio de Paige.

No sé muy bien qué decirle.

—No pasa nada, de verdad. Pero lo de tomar vino no te pega nada.

Quiero decir algo, pero no se me ocurre una sola palabra. Quiero tratar de fingir que soy normal. Éste es Drake. Le han hecho una fiesta, y ahora está en la playa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto—. En la playa.

Miro lo que tengo escrito en la mano izquierda. Apenas distingo las palabras a la luz de la farola que hay detrás de nosotros. *Drake se marcha*, me revela de nuevo mi mano izquierda. Lo que hay escrito debajo resulta ilegible. La derecha me recuerda, una vez más, que sea valiente.

Drake me coge la izquierda y lo lee. Noto su mano caliente en la mía.

—«Drake se marcha» —repite en voz alta—. «El novio de P.» —Ambos miramos fijamente las palabras—. «Flora, sé valiente» —añade, leyendo ahora la derecha—. Me encantan las palabras de tus manos. ¿Funcionan? ¿Te ayudan a recordar?

Me sujeta ambas manos entre las suyas. Dice:

—Ya no soy el novio de Paige.

No sé qué hace aquí. Va a marcharse. Se va a algún otro lugar.

La noche se ha vuelto más fría y el viento helado que sopla directamente del mar me da en la cara.

—¿Cómo serán las cosas en ese sitio al que vas?

Hablo deprisa porque me siento incómoda.

Sigue agarrándome las manos. Me gusta la sensación de su piel cálida sobre la mía. La expresión de sus ojos me revela que ya debería conocer la respuesta a la pregunta.

—Va a ser increíble —contesta—. Y frío. Ya estuve allí una vez, hace mucho tiempo. Fuimos de vacaciones a las Svalbard para ver el sol de medianoche. Tenía diez años, y desde entonces he deseado vivir allí. Y ahora, nueve años después, por fin voy a hacerlo. Será alucinante. —Suelta un suspiro—. El curso que voy a hacer se imparte en inglés porque se apunta gente de todo el mundo. Lo cual es una suerte para mí, porque soy un negado para los idiomas.

Se acerca un poco, de modo que ahora nuestros costados se tocan de arriba abajo. Me suelta la mano izquierda y me sujeta la derecha con más fuerza.

Me resulta imposible concentrarme en lo que está diciendo, porque la piel de todo mi cuerpo ha cobrado vida. Se ha vuelto hipersensible, y lo único que hasta el último centímetro de mi piel desea en estos momentos es que él lo toque.

Es el novio de Paige y no sé qué está haciendo aquí.

—Una suerte, sí... —consigo repetir. Apoyo la cabeza en su hombro, puesto que no tengo nada que perder, y añado—: Tienes diecinueve años. Yo tengo diecisiete.

Me parece importante recordar eso. Aparto la cabeza porque es el novio de mi amiga.

Drake se estira para rodearme con el brazo izquierdo y me ladea la cabeza hacia su hombro. Me apoyo en él y noto que su brazo me ciñe la cintura.

—Paige y yo hemos roto —dice.

Vuelve la cara hacia mí y yo vuelvo la mía hacia él. Cuando sus labios se posan en los míos, sé que esto es lo único que puedo hacer en el mundo.

Los coches pasan de largo por detrás de nosotros. Las olas rompen cerca de nuestros pies y vuelven a alejarse. Estoy besando a Drake. Quiero quedarme sentada en la

playa con él para siempre. No tengo ni idea de cómo o por qué ocurre esto, pero sé que es la única cosa buena que me ha pasado en toda la vida. Hay destellos de luz. El resto del mundo se desvanece.

Haciendo un esfuerzo, consigo volver a la realidad. Una ola rompe con estrépito en la orilla y el viento me alborota el pelo.

—Eh —dice Drake—, oye... ¿te apetece ir a algún sitio conmigo? Ahora, quiero decir. Podríamos pasar la noche juntos...

Lo miro fijamente. Podríamos pasar la noche juntos. Todo en mi interior se pone tenso. Quiero pasar la noche con él. No tendría ni idea de qué hacer. Drake quiere pasar la noche conmigo. La noche. Esta noche.

Debo irme a casa.

—Pero mi madre... —digo.

Nos miramos a los ojos y no soy capaz de terminar la frase. No puedo dejar de mirarlo. Me inclino para volver a besarlo, pero él se aparta un poco.

—Tu madre... Dios mío. Perdona, ha sido una idea terrible. Es decir... ¿En qué demonios estaría pensando? No pretendía...

Se interrumpe. No puedo hablar, así que me limito a asentir. Me mira con una expresión difícil de interpretar.

—Estoy bien —le aseguro, y añado—: Lo siento. Es que... Es que yo... nunca pensé...

Me llevo un mechón de pelo a la boca. No consigo decir lo que estoy pensando. Quiero decirle que jamás habría esperado que me ocurriera algo así. Que estoy segura de que no lo he vivido antes. Que estoy confusa y aún intento asimilar plenamente este momento. Que lo amaré para siempre por hacerme sentir normal. Que me encantaría pasar la noche con él, pero no puedo serle tan desleal a mi amiga. Y que no puedo pasar toda la noche fuera, porque simplemente no puedo hacerlo.

—Llamaría a la policía —digo, pensando en mi madre.

—La policía, Dios mío. Soy un idiota. Olvida lo que he dicho.

El vello de los brazos se me ha erizado de frío. El mar está muy picado, agitado por el viento, y la luna y las estrellas han desaparecido detrás de las nubes. El cielo está tan oscuro como el mar.

—Lo que pasa —continúa Drake— es que puedo decirte esto porque... Bueno, qué demonios... porque, total, no vas a recordarlo. Cuando me encontraba contigo y con Paige en el pub y te miraba..., te veía ahí, tan guapa y rubia y tan diferente de cualquier otra chica del mundo, y me preguntaba cómo sería estar contigo. Eres tan distinta... Y siempre me sonreías. Lo único que quería era cuidar de ti y escuchar las cosas que dices, porque son diferentes de cualquier otra cosa que puedan decir los demás. —Me toma la cara entre las manos—. ¿Estarás bien, Flora?

Asiento. Quiero escribirme que le he dado un beso, ahora mismo. Pero sería raro garabatearme algo en el brazo mientras está hablando. Quiero escribirme que deseaba llevarme a algún sitio a pasar la noche con él. No quiero olvidar algo así. Quizá podríamos hacerlo. Yo podría encontrar la manera. Podría ser normal por una noche, como una adulta.

—Estaré bien —contesto—. Oye, si vamos a algún sitio ahora, podré hacerlo, estoy segura de que sí. Podré hacer que salga bien.

—No. Perdona, ha sido culpa mía. No podemos. Pero..., bueno, podríamos seguir en contacto, ¿no? Sólo para... saber que estás bien. Lo harás, ¿verdad?

—Sí, seguiré en contacto.

Quiero volver a besarlo. Quiero que siga besándome. Ahora que lo he besado quiero borrar todo lo demás, que el mundo desaparezca a nuestro alrededor hasta que no exista nada excepto Drake, yo y una playa.

Ahora el agua está muy cerca, de modo que retrocedemos un poco en la franja de arena cada vez más estrecha. Él inspira profundamente y me aferra más fuerte la mano.

—Flora Banks. Cuídate mucho. No le cuentes esto a Paige, no se lo digas a tu madre. No te lo escribas en la mano.

Coge una piedra de la playa y la sostiene en la palma de la mano. Es una piedra pequeña y lisa. Incluso a la luz de la luna, advierto que es totalmente negra, aunque la mayoría de estos guijarros son de color gris pizarra.

—Llévatela —dice—. Esta piedra es para ti.

Me pone la piedra en la mano y me cierra los dedos sobre ella.

—La conservaré siempre —respondo.

Me levanto. Estoy helada, agarrotada y confundida. Quiero meterme en la cama y revivir estos momentos una y otra vez. Drake también se queda ahí de pie, y ambos estiramos los músculos y nos miramos.

—Bueno —dice—. Bueno, yo... No puedo volver a casa de Paige esta noche. Ya no. Me iré a otro sitio, y por la mañana me marcharé discretamente.

Vuelve a besarme, en los labios. Me apoyo en él y noto que me rodea con los brazos. Sé que nunca volveré a sentirme así.

—¿Te acompaño a casa? —pregunta, pero digo que no con la cabeza.

Me quedo inmóvil en la playa y observo cómo se aleja. Llega hasta los peldaños y asciende hacia el mundo real. Se detiene y me dice adiós con la mano antes de desaparecer de mi vida para siempre.

He besado al hombre de mis sueños. Y se va a un lugar frío y lejano, con un sol de medianoche. Alzo la mirada hacia el cielo oscuro.

Cuando llego a casa, mi madre me está esperando, en bata, con el pelo suelto cayéndole sobre los hombros y una taza de té en las manos. Me da un beso en la mejilla y me mira de arriba abajo.

—¿Lo has pasado bien? —pregunta.

—Sí.

—Has bebido.

—Un poquito.

—Mira qué mancha tienes en el vestido. Bueno, no importa. ¿Ha estado bien?

Sonrío de oreja a oreja.

—Sí, gracias. La verdad es que ha sido estupendo. Absoluta y totalmente estupendo.

—Me alegro. ¿Te ha acompañado Paige hasta aquí?

—Sí.

—Fantástico. Entonces, ya puedo recuperar mis zapatos.

Me quito los zapatos amarillos sin agacharme y subo al piso de arriba. Ya en mi habitación, me pongo el pijama y luego apunto hasta el último detalle de mi encuentro con Drake. Lo anoto todo en el dorso de un viejo cuaderno, donde sé que a mi madre no se le ocurrirá mirar, y luego lo escondo bajo todas las otras cosas que hay en la caja de debajo de mi cama. En un pósit, escribo un recordatorio de que lo he metido ahí, y por la mañana al levantarme lo leo y releo sin parar.

Lo leo, pero no me hace falta, porque soy capaz de recordarlo.

La piedra negra está sobre mi mesita de noche. Me acuerdo. Tengo diecisiete años.